







Ópalo ediciones  
opalo@elvoeditorial.com  
www.elvoeditorial.com

Primera Edición: marzo, 2025.

© Geli Rodríguez de la Torre.  
© Ópalo ediciones.  
© diseño de cubierta y maquetación: Daniel Moscutat.  
© fotografía de la solapa: Geli Rodríguez de la Torre.  
Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 245-2025  
ISBN: 978-84-129443-5-8



Gracias por comprar la edición autorizada de este libro. Por favor, no escanee, reproduzca, distribuya o fotocopie ninguna parte del mismo sin permiso de la editorial. De este modo estará respaldando a los autores y permitirá que editoriales independientes, como la nuestra, continúen publicando libros como el que tiene en sus manos. Si necesita fotocopiar, distribuir, reproducir o escanear partes de este libro, diríjase a CEDRO.

Queda prohibida, por tanto, la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.





GELI RODRÍGUEZ  
DE LA TORRE

HERIDAS  
PROFUNDAS

## Agradecimientos

*A los lectores que me seguís desde que empecé a publicar, y a los que os asomáis por primera vez a esta novela.*

*Gracias por estar ahí.*

*A Rosa y Celia, que leéis mis manuscritos con ojo crítico y me dais vuestra primera e inestimable valoración.*

*A Aldo Ares, gran escritor y buen amigo, por tus consejos y las charlas clarificadoras que hemos tenido mientras escribía esta novela.*

*A mi editor, Daniel Moscugat, por tu dedicación y profesionalidad, pero, sobre todo, por estar ahí para aclarar todas mis dudas.*

*Finalmente, a todos y cada uno de los eslabones que hacen posible que el manuscrito se convierta en el libro que ahora tú, lector ávido de historias, puedas disfrutar; porque cada uno es parte imprescindible de esta cadena.*



**L**A MAÑANA ERA radiante en aquel mes de mayo de 1912, y mientras Madrid se engalanaba para festejar a su santo patrón, en la residencia de dos pisos de la calle Jorge Juan, propiedad de la familia Rozada, Irene, hija única de don Matías Rozada y su difunta esposa, doña Clara Vigil, se engalanaba para su boda.

Llevaba levantada desde muy temprano. Los nervios de última hora, y la ansiedad nacida del enorme deseo de pronunciar, al fin, los votos que la convertirían en la esposa de Eduardo Garay, habían contribuido a que saltara del lecho mucho antes de que el reloj del salón tocara las seis de la mañana.

A las nueve, por su habitación habían desfilado ya todas las mujeres encargadas de remozar su aspecto personal. La peluquera había hecho su trabajo, cuyo resultado era un elaborado recogido, sujeto por prendedores de perlas que dejaban caer con graciosa naturalidad unos tirabuzones sobre la nuca. Estos semejaban una cascada de seda castaña que destacaba sobre la lechosa piel. La manicura había estado trabajando sobre pies y manos, usando cremas y dando masajes para que la piel quedara suave y tersa. Irene sentía los finos dedos de sus manos tan suaves que anticipaba en su imaginación el momento en que Eduardo le pusiera la alianza. A buen seguro, esta se deslizaría en un movimiento fluido hasta la base de su dedo anular.

Ese pensamiento era el que dibujaba una sonrisa en sus labios y hacía chispear sus ojos por la emoción. Caminaba por la habitación con una sensación de felicidad tan grande como no recordaba haber sentido antes.

Adela, la tía querida que se había hecho cargo de su crianza desde que su madre, hermana de esta, muriese, llevaba a su lado toda la mañana, encargándose de que todo se hiciera y fluyese correctamente. Mamita, que era el modo cariñoso en que se había dirigido a ella desde que aprendiera a hablar, había suplido con creces la carencia de su madre. Siempre había estado ahí, dispuesta para ella, relegando su propia vida para cuidarla y darle todo el amor que una madre puede dar. Y como a una madre la quería y respetaba Irene.

Cuando Adela ayudó a las tres íntimas amigas de su sobrina a ponerle el vestido, y la observó tan radiante, a muy poco de caminar hacía el altar como una reina para pronunciar los votos que la unirían en santo matrimonio con Eduardo Garay, no pudo evitar emocionarse hasta las lágrimas. Quiso disimular, ahogar el suspiro que brotó de su garganta, y no fue capaz. Entonces, enseguida Irene se acercó para abrazarse a ella y susurrar en su oído unas palabras de cariño.

—No llores, Mamita, que este es el momento que llevo deseando tanto tiempo. ¡Por fin me caso...! Y no puedo estar más feliz —le dijo con tierna complicidad, al tiempo que secaba con sus manos las lágrimas de su tía.

—Lo sé, cariño. No me hagas caso —respondió, sacudiéndose de encima el momentáneo amago de sensiblería—. Estás radiante. Hoy es tu día, preciosa, y quiero que lo disfrutes como se debe.

—Pienso hacerlo, Mamita, y contigo y papá a mi lado, como tiene que ser.

—Claro, mi niña... Como tiene que ser —asintió, con una punzada en mitad del corazón.

Una vez superado aquel momento, Irene se acercó al espejo oval para contemplar su imagen. Quedó muy complacida de lo que vio.

El corpiño de encaje holandés se le ceñía al cuerpo resaltando el busto. La fina gasa cubría la piel lechosa del escote, ajustándose al cuello con una tira de pedrería que resaltaba su elegante esbeltez. Admiró la caída de la seda cruda en la falda, que hacía visos con cada uno de sus movimientos.

Se sintió como una princesa.

Solo faltaba el velo que permanecía estirado sobre el lecho. Justo cuando iba a pedirles a sus amigas que le ayudaran a ponérselo, entró en la habitación Juana, la doncella. La muchacha se quedó pasmada y boquiabierta admirando la elegancia de la novia.

—¿Qué quieres, Juana? —la sacó de su ensimismamiento Adela, acercándose a la joven doncella.

—Llegó un muchacho con esta carta para la señorita Irene —dijo, alargando el sobre que traía en la mano.

Hubo unos momentos de cierta sorpresa. Las miradas de todas volaron hacia la doncella y la carta que traía consigo.

Irene acortó distancias con pasos decididos para tomar la misiva resuelta a leerla. En un principio, creyó que se trataría de una felicitación de boda que llegaba en el último momento. Sin embargo, en cuanto leyó quién la remitía, sus dedos se apresuraron en abrir el sobre y, retirándose hacia el balcón, leyó para sí.

Quiso pensar, al ver que era de Eduardo, su prometido, que se trataría de una última carta de novios, donde le reiteraría su amor y daría fe de lo convencido que estaba en dar el paso que en nada los convertiría en marido y mujer.

En cambio, la realidad fue otra.

La crudeza de aquellas palabras impresas no tardaría en desencadenar una catarata de desastrosas consecuencias.

A medida que leía, el semblante relajado y feliz de Irene se demudó por completo. Ni el rubor aplicado en sus mejillas pudo disimular la palidez que de pronto se instaló en ellas. Sus ojos, hasta entonces chispeantes, se empañaron como el cristal cuando se impregna con una bocanada de vaho. Cuando un estrangulado sollozo brotó de su garganta, ya no hubo tiempo para atajar su caída.

Cinco pares de ojos la vieron venirse al suelo entre un crujir de enaguas, sedas y encajes. Fue como si hubiesen cercenado un cerezo en flor y todos sus pétalos quedasen derramados en torno al tronco abatido.

La habitación se convirtió entonces en un revuelo desordenado, lleno de exclamaciones de alarma y estupor. Las amigas se abalanzaron sobre ella con ánimo de socorrerla en su desmayo, pero sin ser muy efectivas. Hubo de ser Adela quien, tras reponerse al susto inicial, se hizo cargo de la situación.

—Juana, ve a avisar a don Matías, y que suba también el doctor Castro. Ah, procura ser discreta.

—Sí, señora —respondió muy asustada para marchar trotando a cumplir con el encargo.

—Vosotras... —llamó la atención de las tres— ayudadme a acostarla en la cama.

Obedecieron, preocupadas y a la expectativa, ante aquel súbito desmayo de su amiga.

Adela mojó su pañuelo de encaje en el agua de la jarra que siempre había sobre la mesita de noche y se lo aplicó en la frente a Irene. Leonor y Piedad la observaban en silencio, apostadas ambas junto al lecho con el semblante muy preocupado. Entre tanto, Palmira, la más avispada de las tres, se mantenía un poco más rezagada y su atención estaba en otra parte.

Con discreción y disimulo, consiguió rescatar del suelo la misiva que poco antes se desprendiera de los dedos de Irene. Palmira deseaba saber qué decía aquella carta para que su amiga reaccionase de aquella forma que lo había hecho, porque estaba claro que la impresión que había hecho que Irene se desmayase provenía de aquella misiva. Sus ojos se movieron con rapidez sobre las palabras, las líneas que revelaban una realidad insospechada. No le llevó ni un minuto concluir la lectura y volver a dejarla caer de nuevo al suelo como si nada. Y no sintió ni un mínimo de remordimientos. Volvió junto a las demás, y con un mohín procuró sentirse tan preocupada como ellas. Pero, con la información que poseía, su mente

bullía pensando en el modo que debía usarla. Su naturaleza curiosa y poco dada a mantener la lengua callada estaba deseosa de ventilar aquel secreto recién desvelado. Estaba convencida de que aquel iba a ser el mayor escándalo en mucho tiempo. Aquello iba a estar en boca de todos y ella conocía de primera mano la verdad. Eso la hacía sentirse muy importante, y un brillo de malévola complacencia irradió en sus ojos azules.

## 2

**E**N CUANTO JUANA dio el aviso a don Matías, este, con su buen amigo y médico de la familia, Ramón Castro, subieron de inmediato a la habitación de Irene. Ella seguía acostada y medio ida, rodeada de sus amigas y atendida por Adela.

—¿Qué pasó, Adela?

—Si te soy sincera, no lo sé —le confesó, confundida—. Juana le subió una carta. Ella la leyó y sin más, se vino abajo.

—¿Una carta...? Y ¿dónde está esa carta? —las urgió.

Mientras las tres amigas se movían buscando la dichosa carta, don Ramón atendía a Irene.

—¿Qué le pasa, Ramón? —preguntó Adela, muy preocupada porque Irene seguía traspuesta.

—Ha sufrido un desvanecimiento. Debió de ser por alguna impresión o por demasiada tensión nerviosa, pero ya está volviendo en sí. Tranquila, Adela, respira, y las pulsaciones son normales —dijo a la mujer para tranquilizarla—. Acércame un vaso de agua, haz el favor.

Palmira, que sabía exactamente dónde había dejado caer la carta, la rescató nuevamente del piso y se la dio a don Matías. Se cuidó mucho de que nada en su gesto delatase que ella ya conocía su contenido.

Don Matías se hizo a un lado para saber qué diablos decía aquella carta, que, según pudo ver, la remitía Eduardo Garay. Era chocante que el novio escribiera a la novia a menos de dos horas para que se celebrase la boda.

A medida que leía, igual que poco antes le ocurriera a Irene, su faz experimentó varios cambios.

Primero, se puso blanco, colorado y al final entre verde y amarillo. La tensión de la mandíbula, la crispación del gesto y el turbio color sanguíneo que le tiñó la mirada fueron evidencias del efecto que aquellas palabras ejercían en su ánimo. El bigote entrecano, de largas y atusadas puntas, se encrespó. La rabia apenas contenida hacía temblar su cuerpo sólido enfundado en el chaqué de ceremonia.

Sudaba en frío.

Arrugó el papel con gesto furioso, para luego meterlo en el bolsillo de la levita como si quisiera hacerlo desaparecer. El papel era fácil destruirlo, no así las consecuencias que aquellas palabras impresas desatarían. Aquella carta tendría un efecto desastroso que perduraría en el tiempo mucho más allá de ese día.

Se rehízo como pudo. Era su deber como hombre y como padre de Irene. Tragó el nudo de rabia e impotencia que atenazaba su garganta y, con rígida entereza, se dirigió a las amigas de su hija.

—Os agradecería que nos dejaseis a solas. Bajad al salón y tomaros un refrigerio. Adela bajará a daros cuenta del estado de Irene.

Y las fue encauzando hacía la puerta, por la que se marcharon. Dos de ellas iban seriamente compungidas por el estado de su amiga, la otra contaba los minutos para soltar la bamba que explicaba la indisposición de Irene.

Una vez se hubo librado de las tres jóvenes, don Matías se volvió hacía Adela con semblante serio y contenido.

—Adela, la boda se cancela —dijo, sin andarse con paños calientes, con la firmeza que requería la situación.

—Pero... ¿cómo que se cancela? —preguntó ella con el desconcierto y la alarma reflejados en sus ojos abiertos de par en par.

—Ya te pondré al corriente después —dijo con apremio—. Ahora necesito que bajes y despaches a todos los invitados. Por el momento, solo necesitan saber que Irene se indispuso. Después... ya les daré las explicaciones oportunas. Lo que urge ahora es sacar a toda esa gente de casa y ocuparnos de mi hija. Confío en ti, Adela —dijo, aferrando sus manos—, pues sé que sabrás salvar esta incómoda situación con los invitados.

Sin pedir más explicaciones, Adela salió de allí para afrontar la incómoda tarea.

Con modales exquisitos y su saber estar, la afable cuñada de don Matías Rozada dio las explicaciones oportunas para ir despidiendo una a una, a todas las amistades que habían acudido esa mañana para acompañar a Irene hasta los Jerónimos. Los planes no habían salido tal como estaba previsto, y hubo por este motivo muchas especulaciones por parte de los asistentes. La verdad es que solo una de aquellas personas la conocía, y que, en cuanto abandonó la residencia de los Rozada, no perdió tiempo en ir desmigando la información tan jugosa que poseía.

Mientras, en su habitación, Irene trataba de procesar en su mente tan confundida la revelación que daba al traste con su compromiso y con sus aspiraciones de formar una familia con Eduardo. A su lado, su padre le sujetaba la mano con actitud preocupada y cariñosa. Deseaba transmitirle todo el afecto y la comprensión necesarios, aunque bien sabía que la angustia vital que en esos momentos experimentaba su hija, solo el tiempo podría curarla.

Cuando Adela regresó, fue ella quien tomó el relevo junto al lecho de Irene para sostener su mano y ofrecerle el consuelo de su cercanía, aunque sin argumentos que pudieran valer para mitigar lo que estaba sintiendo.

Fue entonces cuando don Matías buscó llevarse a parte a su buen amigo, el doctor Ramón Castro, para mostrarle la carta que había provocado el desastre. Ramón sacó sus lentes y se los ajustó para comenzar a leer.

*Querida Irene:*

*No sabes cuánto me cuesta escribirte estas letras. Solo espero que algún día, cuando sanes de esta herida que sin duda voy a causarte, llegues a comprender, y quizá perdonar, esta decisión que ahora tomo.*

*Sé que tendría que haberte abierto los ojos hace mucho. O, mejor, no haber aceptado iniciar relaciones contigo, que eres una mujer encantadora. Fue por cobardía y el afán de querer encajar en esta sociedad a toda costa, y para salvar a mi familia y a mí mismo del qué dirán, por lo que he llegado tan lejos. Y aún podría haber dado este último paso y convertirme en tu esposo, pero no sería justo, para ti, sobre todo.*

*Créeme si te digo que estoy atrapado en un gran dilema, al borde mismo de un abismo. No te imaginas la tortura que fue y es vivir escondiendo la verdad de mi naturaleza, siempre temiendo que en cualquier momento salte la liebre. Estoy cansado de fingir, Irene. Necesito alejarme de este mundo que me constriñe y me tacharía de enfermo si supiera lo que soy.*

*Tú, en tu infinita bondad y candidez, jamás te preguntaste por qué, en estos diez años de relación contigo, nunca intenté ir más allá de unos castos besos o unas pueriles caricias. Siempre fui tan correcto, tan medido en mis acercamientos, que quizá, tan buena como eres, pensaste que había algo en ti que no me atraía, y nunca me lo preguntaste. Y es cierto, Irene, te lo confieso a ti, porque sé cómo eres y no quiero que pienses otra cosa distinta a la verdad. ¡Mi verdad...! Yo nunca me sentí ni me sentiré atraído por las mujeres porque, desde que soy consciente de mi sexualidad, me atraen los hombres.*

*Ahora me verás como un bicho raro. Desnaturalizado. Quizá también me taches de enfermo. Y no te culparé por ello. Pues tal vez todas esas cosas soy, pero no puedo renunciar a esta inclinación que me nace y tira de mí con una fuerza arrebatadora.*

*Cuando leas esta carta, yo ya estaré lejos de Madrid. Me voy de España, Irene, para poder vivir mi vida como yo quiero. Siento mucho causarte este desengaño y mucho más, precisamente este día, que tendría que ser uno de los más felices de tu vida. Sé que mi decisión*

*causará mucho sufrimiento a personas a las que quiero o estimo, pero la dicta mi conciencia que es con la he de vivir el resto de mis días.*

*Te deseo lo mejor. Estoy seguro de que podrás encontrar a un hombre que pueda darte lo que yo no puedo. Mereces ser feliz.*

*Perdóname. Nunca quise herirte tanto.*

*Eduardo Garay.*

La carta era explícita y no dejaba lugar a dudas. Cualquier reconciliación quedaba fuera de toda lógica para posponer la boda. Con ella, Eduardo ponía punto final a una relación de diez años, y que, a la vista estaba, nunca debió haber empezado.

Semejante revelación abría un profundo pozo de dolor a los pies de Irene.

Ramón devolvió la carta a su amigo y se quitó los lentes, conmocionado por lo que acababa de leer.

—Quién iba a pensar que ese muchacho nos sorprendería así. ¿Cómo puede engañar tanto una persona? —se preguntó, sin salir de su asombro.

—Ya ves... Ha jugado con todos, y en especial con Irene. Ha sabido disimular muy bien, no cabe duda. De día aparentaba ser un joven respetable y de innegable carisma, cortejando a mi hija con galantería y corrección, para después, en privado, ir sabe Dios a qué tugurios de perdición —dijo, destilando repugnancia y desprecio— ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo es que nunca llegó a mis oídos ningún rumor que me pusiera en alerta? —se preguntó con amargura—. En menos y nada, estaremos en boca de todos. Seremos la comidilla de todo Madrid. En las tertulias, donde gustan los chismes, no se hablará de otra cosa, porque este se lleva la palma. ¡Mi Irene, plantada el día de su boda...! —se mordió los labios indignado—. Compuesta y con el novio a la fuga, a buen seguro con su amante, que para mayor escarnio es otro hombre. ¡Hombre, por llamarlo de alguna manera! —le costaba pronunciar aquellas palabras, porque la imagen que se le venía a la cabeza era asquerosa—. Cómo se regodearán algunos preguntándose: ¿cómo es posible que,

en diez años de relación con mi hija, no fuimos capaces de intuir que el pollo perdía pluma y cacareaba de gusto mientras se la metían por el culo? —concluyó, con el semblante lívido por la rabia.

—Te confieso que estoy pasmado. Cualquier cosa me hubiese esperado, menos esto —reconoció su amigo.

Don Matías miro en dirección al lecho, donde Irene suspiraba mientras Adela la consolaba sin mucho éxito ni argumentos de peso.

—Mi hija va a hundirse —reconoció con tristeza—. La vergüenza acabará con ella. Tú la conoces, Ramón, la viste crecer y sabes cómo es.

—No cabe duda que este desengaño le causará un enorme perjuicio —asintió; sin embargo, él veía las cosas con algo más de optimismo—. Pero todavía es joven e inteligente. Encontrará la fuerza para remontar y, con el tiempo, volverá a ilusionarse.

—Eres demasiado optimista. Temo que se hunda en una depresión de la que no logre remontar. Su deseo era casarse y tener hijos. Todas sus amigas y conocidas ya están casadas y son madres. Ella siempre se quejaba de que sería la última en casarse. Estaba más que dispuesta desde hace años, Ramón... Ahora ya sabemos por qué ese malnacido la entretenía sin acabar de poner fecha para la boda. Ninguna le convenía, claro... Y mientras, mi Irene iba cumpliendo años engañada en una relación destinada al fracaso. Acaba de cumplir los veintiocho, ha perdido los mejores años de su vida con ese canalla invertido —se lamentó, sabiendo que el tiempo no podía dar marcha atrás.

Ramón comprendía hasta qué punto marcaba aquel suceso la vida de Irene, y la de su amigo también. Solo le bastaba verlo tan abatido, y era muy consciente de que los próximos días iban a ser peliagudos para todos en aquella casa.

Aunque no habían pasado ni dos horas desde que la carta de Eduardo hubiese dado al traste con las ilusiones de Irene, su padre parecía haber envejecido una década.

Aquel suceso marcaría un antes y un después en la residencia de los Rozada, pero, sobre todo, en la vida de Irene.



## ÍNDICE

Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	16
Capítulo 3.....	22
Capítulo 4.....	28
Capítulo 5.....	33
Capítulo 6.....	38
Capítulo 7 <i>Cortinal. Un mes antes</i> .....	45
Capítulo 8.....	49
Capítulo 9.....	53
Capítulo 10.....	59
Capítulo 11.....	64
Capítulo 12.....	72
Capítulo 13.....	77
Capítulo 14.....	84
Capítulo 15.....	91
Capítulo 16.....	96
Capítulo 17.....	102
Capítulo 18.....	108
Capítulo 19.....	111
Capítulo 20.....	118
Capítulo 21.....	122
Capítulo 22.....	128
Capítulo 23.....	134
Capítulo 24.....	139
Capítulo 25.....	146
Capítulo 26.....	150
Capítulo 27.....	154

Capítulo 28.....	160
Capítulo 29.....	165
Capítulo 30.....	171
Capítulo 31.....	179
Capítulo 32.....	184
Capítulo 33.....	191
Capítulo 34.....	195
Capítulo 35.....	202
Capítulo 36.....	207
Capítulo 37.....	213
Capítulo 38.....	220
Capítulo 39.....	223
Capítulo 40.....	231
Capítulo 41.....	236
Capítulo 42.....	244
Capítulo 43.....	252
Capítulo 44.....	258
Capítulo 45.....	264
Capítulo 46.....	270
Capítulo 47.....	276
Capítulo 48.....	282
Capítulo 49.....	289
La autora: Geli Rodríguez de la Torre.....	295



